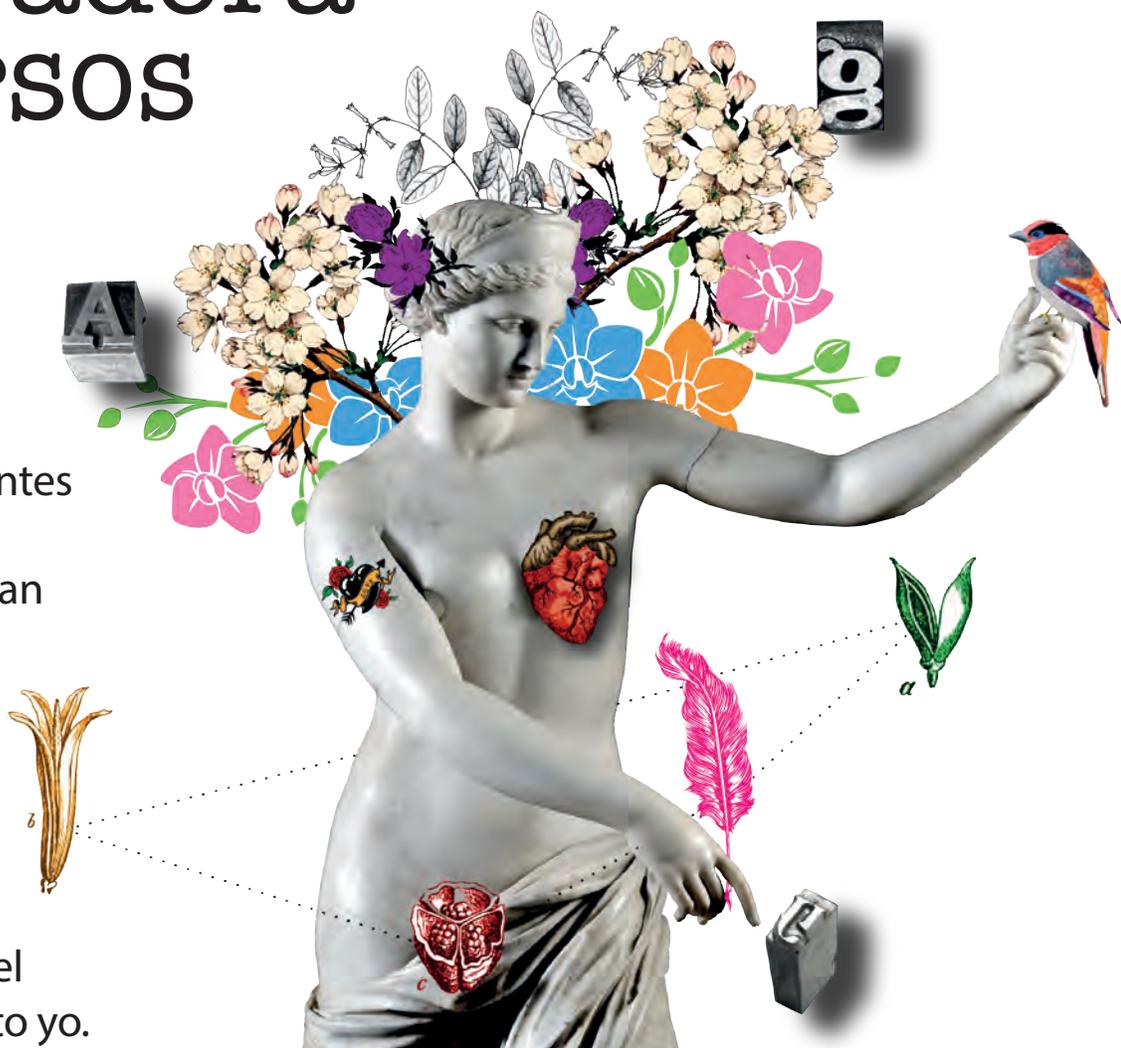


# La niña sembradora de versos

• Por Hugo Monterrosa

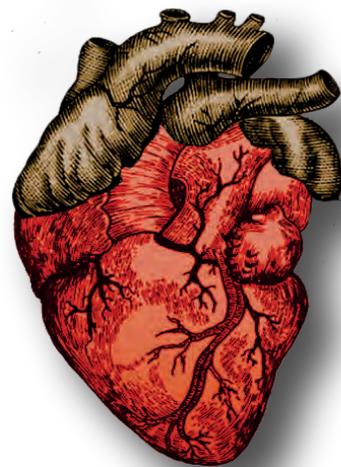
Esto sucedió justo antes de la hora de salida cuando todos estaban en la biblioteca de la escuela, consultando viejos libros de poesía. A nadie más esto le pasó, sino solo a la niña del cuento que te cuento yo.



Esta era una niña que después de leer un viejo libro de poemas no paraba de rimar, algo raro pasaba en ella, pues solo hablaba en sentido figurado y nada en sentido literal. Sonidos iguales de palabras, sin querer de su boca se escapaban, como canción eran las rimas, que su mente sola creaba.

Tocaron la chicharra de salida y así se fue a casa rimando. Por la calle iba ella, con estilo propio saludando:  
—¡Buenas tardes, Doña Carmen!

—¡Que tal, Don Pascual!  
—¿Cómo ha estado Don Amado?  
—¿Cómo está, Don Nicolás?



A la gente le parecía chistoso como la niña se expresaba. Cada frase que decía llena de rima siempre estaba. Parecía como si un poema se hubiera tragado o como si la siguiera el fantasma de algún poeta despistado. —¡Oh no!... ¿Qué tengo dios mío? —pensaba la niña en silencio—. ¿Qué se me habrá metido?, —¿Seré acaso un raro experimento? La niña no entendía lo que en ese momento le ocurría; su lengua tenía ahora ritmo, rima y sincronía. Esto a ella sin duda la vida le cambió, miraba todo a detalle y con gran imaginación. Para cada cosa buscaba, una gentil comparación.

Por las mañanas en casa, cada que se levantaba, a su bello jardín con voz dulce le hablaba:

—¡Hola flores de colores!  
—¡Hola mariposas de papel!  
—¡Hola gusanos medidores!  
—¡Hola colibríes de pluma y miel!

A cada instante la niña expresaba sus tiernos sentimientos; vivía intenso lo que veía de adentro a afuera y de afuera a adentro. Era como un corto viaje que hacía constantemente hacia sus pensamientos. Si estaba alegre, escribía versos dulces y si estaba triste, versos amargos. Parecía como si el alma le dictaba lo que debían de escribir sus pequeñas manos.



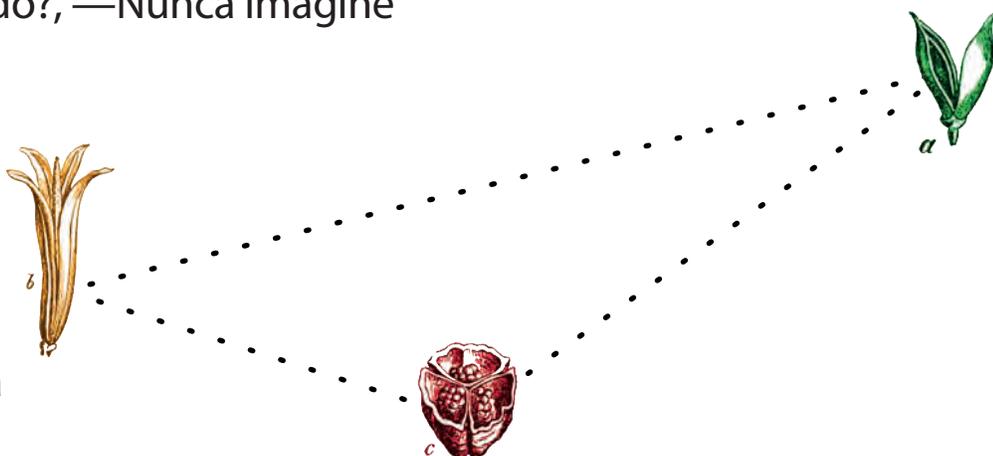


Un día la niña muy triste y cansada, se puso a pensar: —¡No puedo seguir conteniendo tantas frases para expresar!, —¡Algo debo de hacer para mi alma pronto desahogar! —Al cabo de mil silencios, cientos de rimas y una que otra comparación, por fin surgió la idea que le dió a la niña la tan ansiada solución—.

¡Uhhh... ya sé! Cada que piense en algo fantástico pronto lo escribiré y para que nadie lo vea, en cada planta de mi jardín lo esconderé. Así la niña fue día a día sembrando, todo lo que se le ocurría en lenguaje literario.

El tiempo pasó y las plantas grandes crecieron, pero algo extraño había en ellas, cuando éstas después florecieron. Salían de sus capullos pequeñas tiras de papel, con versos en tinta rosa y color azul pastel. Cada tira un verso era, de una idea o sentimiento, que al juntarse hacían poemas, cada que soplab el viento.

La niña bastante sorprendida por este descubrimiento, exclamaba confundida —¡Wow... increíble que a mí me esté pasando ésto! —¿Cuántos sueños sin querer en mi jardín he cultivado?, —Nunca imaginé que el guardar ahí mis versos, un día traería este hermoso resultado. Ella no podía creer la armonía que su mente y corazón ahora



tenían, ni la magia que éstos dos habían creado.

Muy pronto el jardín se hizo famoso por sus poemas colgantes; había versos por doquier que hacían verlo elegante. Al lugar llegaban niños a jugar con las palabras y los grandes que asistían, a rimar también llegaban. La niña desde su ventana le gustaba observar con detenimiento, este colorido paisaje lleno de tantos sentimientos.

Así la niña por fin descansó de tan rara aventura, poco a poco al escribir, fue quitando de su mente tanta literatura, la cual todo empezó un día, en la biblioteca de la escuela, después de leer un viejo libro de poesía. Y del sentido figurado al sentido literal, este cuento ha terminado, llegando así a su final.■

